

CREACIÓN DE FUTUROS

Ejercicios imaginativos sobre el futuro de las artes vivas

Estamos en marzo del año 2040, te cruzas con alguien (esperamos que en persona y no por videollamada, vivan los cuerpos!) Y te pregunta: “en que estás metido?”. Esta fue la premisa para encargar una serie de artículos a diferentes personas vinculadas al ecosistema Graner durante marzo de 2020, en pleno confinamiento. Un ejercicio de ciencia ficción, de imaginación para reflexionar de manera divertida y, incluso, esperanzadora sobre los futuros posibles de las artes vivas.

#5- CONTRA NATURA. CAPÍTULO 1 // Sonia Gómez

Serie: Notas post-confinamiento

Agradecimientos: Vecinos y vecinas de Pitarque, Elena Carmona, Ariadna Miquel, André Broessel, Edmond Beta Broessel Gómez y todos los seres vivos visibles e invisibles.

Se paró delante de un cardo muy bello e inaccesible ya que pinchaba en todas sus partes. La planta salvaje arrancada de la naturaleza tenía más de un metro, estaba en un jarrón de cristal transparente con unos 300 ml de agua de lluvia. La planta de un verde casi uniforme estaba formada por tallo, hojas y flor, una piña de pinchos en el centro de esta y seis pétalos en punta rodeaban ese centro, todo el conjunto parecía un ojo psicodélico o un animal o una imagen de ciencia ficción. Escrutando la pieza natural durante mucho tiempo sin moverse le pareció que alguien invisible miraba como ella miraba, una energía sin forma, un espíritu juguetón con olor de almizcle. No sabía como olía el almizcle, pero lo había leído en tantas novelas que le pareció que el ser invisible tenía que tener ese olor y no otro, también se le ocurrió que podría oler a pasado mañana, pero no supo imaginarlo, simplemente le gustó la idea. Ese cardo arrancado iba a pasar muchos días en el jarro, esas plantas estaban acostumbradas a vivir en condiciones extremas, aunque antes de cogerlo había valorado seriamente sacarlo de la tierra porque sabía que al final del verano igualmente iba a morir seco, así que decidió disfrutarlo. Se acordó de su vecino florista de Barcelona, le hubiera encantado tener un ejemplar como este, salvaje por sí mismo, sin intervención genética, sin un viaje desde Holanda para satisfacer un placer estético. El cardo estaba así de bello y discreto en medio de la naturaleza, sin saberlo, así de puro, pensándose invisible en medio de muchos otros especímenes de esa misma categoría, salvajes, bellos, vivos en el mundo vegetal, desconocidos por haber nacido demasiado lejos de lo que realmente le importa a la gente. En esta relación de verano planteó con el cardo un acuerdo no verbal, a cambio de no estar en la tierra, en el sol, con los animales y las plantas tendría agua de lluvia cada dos días. Esa acción y las sucesivas miradas de veneración simple dejaban el acto vandálico de arrancar una planta del suelo en un segundo plano o casi en un segundo plano. De todos modos, la planta no había sido arrancada de raíz, sino cortada, así que en unos 8 meses volvería a brotar infinitamente hasta el fin de los tiempos.

Salió de la sala arrastrando el aspirador danés de última generación, silencioso, ligero y funcional. En el dormitorio había una cama doble, una planta exótica de 2 metros, un cuadrado con una declaración de amor, una silla al lado de una mesita redonda restaurada en rojo carmesí y un flexo apoyado en el suelo. Valoró rápidamente lo que había que limpiar y en esa ágil mirada por todos estos elementos de la habitación vio de reojo que en el flexo había una pequeña serpiente enrollada en el brazo superior de la lámpara, confirmó de nuevo si eso era posible, de reojo la vio inmóvil, perfectamente integrada en el gris metálico, enrollada cual pieza de arte en el mejor de los rincones de la casa, a sólo 30 cms de la cama, justamente en el lado en el que ella solía dormir.

Inmediatamente notó el cuerpo en tensión, le atravesó un escalofrío y salió silenciosa hacia el piso superior. Entró en el estudio de su marido blanca o con cara de zombie y le explicó lo que creía haber visto, porque quizás pensó que en ese ímpetu de tiempo la serpiente se hubiera movido a otra parte y por un azar extraño hubiera desaparecido y todo hubiera quedado en una anécdota más o menos real. Bajaron sin hacer ruido y la elegante dama seguía en el mismo lugar dormitando, posada para dejarse fotografiar. Nuestra discreta excitación la despertó, levantó un poco la cabeza, estirándose estilizada hacia el cielo, como desderezándose sin más, nada rápida, nada incómoda, toda confiada, supusimos que era un bebé. No nos atrevimos a enseñarle la peculiar imagen a nuestro hijo de 8 años, la mata-mos con un spray y recogimos el inocente cuerpo en un tarro vacío que había contenido aceitunas gordales con pepinillos, los folclóricos kimbo en vinagre. Durante algunos días seguimos comentando entre nosotros el peculiar suceso, intentando descifrar si tenía alguna explicación, si aquella imagen tan maravillosa podría tener o significar un mal o un buen augurio y lo más misterioso de todo, ¿cómo un ejemplar de apenas dos palmas había llegado hasta allí?, ¿desde dónde se había arrastrado?, ¿cuál había sido el camino y cuánto tiempo había tardado en llegar?, ¿qué la había motivado a quedarse allí?, ¿el frescor del metal?, ¿el color?, ¿la tenue luz del día?, ¿había estado cerca de alguno de nuestros pies descalzos en ese recorrido?, ¿cruzando la casa habíamos estado a punto de pisarla y no la habíamos visto?, ¿había tenido que sortear algún que otro obstáculo?, ¿coches de juguete a gran velocidad? o ¿los muchos pies de los infantes que venían a casa a diario?. Quién sabe cómo la fastuosa diosa había llegado a enrollarse cual cable funcional en una lámpara discreta aunque ya por siempre inquietante.

En esa misma habitación se dormía muy bien, una pequeña ventana justo encima de la cama dejaba pasar la luz tenue del amanecer, justo antes, los sonidos de las aves anunciaban el nuevo día. Entre esos cantos matinales destacaba claramente la Oropéndola Europea (*Oriolus Oriolus*), ejemplar dorado de origen tropical del tamaño de un mirlo. Las oropéndolas machos y hembras empezaban a silbar en abril, venían para anidar en los chopos llenos de hojas delante de la casa. La pareja de esta historia estaba pasando un mal momento, el confinamiento se complicaba, una invasión de pulgas los

había dejado huérfanos de fuerzas y ánimos, la comunicación era prácticamente nula, a veces gutural, a veces conseguían moderar una especie de diálogo inconexo más propio del pre-lenguaje, aún así, seguían hacia adelante dando tumbos, tumbos hacia delante.

En esa energía muda instalada en la casa toda novedad se convertía en un alivio y dejaba que el pre-lenguaje evolucionara hacia el lenguaje, una tregua en medio de la guerra fría, aunque con temperaturas ya primaverales, menos mal, el invierno tampoco había sido fácil. Una mañana el hombre vio a la oropéndola macho y dedujo que el canto novedoso pertenecía sin duda a tan exótico animal, lo comunicó a la familia, la mujer tuvo cierta envidia, quizás hubiera querido ser la ella la que hubiera descubierto el nuevo espécimen que habitaba la chopera. Sin más, buscó información con métodos contemporáneos, internet le dio el nombre, ella hubiera preferido preguntar a una vecina octogenaria si conocía el ave, pero las medidas de distanciamiento todavía eran muy estrictas en el mes de abril y lo mejor era no acercarse demasiado a la sabia vecina.

Las y los Oriolus Oriolus iban de aquí para allá, se escondían entre las hojas, sus trinos se escuchaban bien definidos, tanto, que ella empezó a conectar las notas con letras e interpretó dos frases: -Yo te quiero y a continuación: -Dímelo. En ese estado de fragilidad en el que se encontraban los congéneres ella pensó que lo que escuchaba era más y más real, se lo comentó a su hijo, que efectivamente escuchaba lo mismo: -Yo te quiero y a continuación: -Dímelo. Bien! Parecía que el equipo se estaba acercando de nuevo, se lo comentaron al padre que después de tantos meses de fríos reproches hizo caso omiso, simplemente no tenía la cabeza para tontearías, pero tanta fue la insistencia de los mensajes amorosos de las oropéndolas que el padre acabó escuchando lo mismo. Bien!

Ya estaban de nuevo juntos, por fin, de momento el ritmo amable de la vida se había instalado de nuevo. Una mañana se dieron cuenta de que habían llegado los vencejos, con sus vuelos acrobático de alto riesgo, se habían convertido en los jefes de la chopera, las oropéndolas se escuchaban menos, estaban atentas al cuidado de los huevos, ahora llegaba el turno de los F1 (Apus Apus) Vencejo Común.

Wiki. Desde los mismos orígenes de la zoología se sospechaba lo que a finales de la década de 1960 se constató: que los vencejos pasan la mayor parte de su vida en el aire: comen, duermen y copulan volando. Únicamente se posan para poner los huevos, incubarlos y criar a sus polluelos. Permanecen en vuelo ininterrumpido durante nueve meses al año. Las crías abandonan el nido una mañana volando súbitamente, sin necesidad de aprendizaje previo, y no retornan a él jamás. De noche, estas aves se elevan hasta los 2.000 m de altura y allí duermen, volando. Durante el sueño el aleteo se reduce de los habituales diez movimientos por segundo a tan sólo siete. Debido a sus extraños hábitos aéreos, aún se desconocen muchísimas cosas de la vida de estas aves. Anidan en riscos elevados y paredes verticales desde los que reemprenden el vuelo. A causa de su especial morfología alar y sus cortas patas, si caen al suelo experimentan gran dificultad para remontar el vuelo, y necesitan hacerlo desde un sitio elevado. Es un ave migratoria que a mediados de la primavera boreal (otoño austral) aparece por casi toda Europa, norte de África y Asia Central, mientras

que en el invierno boreal (verano austral) se le encuentra en el sur de África. En el campo, anida gregariamente en taludes pero está especialmente adaptado a los asentamientos humanos. Forma sus nidos bajo cornisas y aleros de edificios y casas. Suele ser fiel a su lugar de anidamiento; vuelve a él y lo reconstruyen cuando hace falta.

Comprobaron que efectivamente los vencejos ocupaban los nidos de años anteriores, unos cuantos estaban en la casa y una de las entradas para la anidación coincidía con el balcón de la cocina-comedor, lugar en el que el hombre fumaba por las mañanas tomando el primer café. Justo a esa hora los vencejos tenían muchísima energía y entre la casa y la chopera el circuito de alta velocidad se desbordaba en actividad lúdico virtuosa. En esas pasadas las aves reivindicaban su espacio pasando muy muy cerca del hombre que respondía con movimientos marciales en los brazos y sonidos de videojuego de los 80. Todo parecía muy divertido, el hombre empezó a comunicar con los nuevos vecinos que se tomaron la relación a broma, así que la provocación fue a más, las cacas en el balcón también fueron a más, la supremacía de los vencejos sobre las otras especies también se notó. Un día la familia pensó que los vencejos habían desplazado a las otras aves, se oían a las oropéndolas, pero ya desde más lejos, otro día las cacas desaparecieron, los vencejos ya no venían tanto, las oropéndolas recuperaron sus espacios cerca de la casa, una mañana, ya sin los F1 (Apus Apus) Vencejo Común vieron dos parejas de oropéndolas con su cría que empezaba a volar entre el follaje de los chopos, los vencejos desaparecieron, volvió la contemplación.

Un fin de semana el hombre en el balcón tomaba ese primer café, de reojo vio como caía de la cornisa del tejado un cuerpecito ligero y rápido que parecía haberse precipitado en el vacío, quedando apoyado en la hoja de una higuera. Desde la altura no se distinguía bien qué o qué cosa podía ser, mirando con los prismáticos le pareció un murciélago. El hombre comentó la sorprendente visión y la mujer muy motivada propuso bajar al huerto para comprobar de qué animal se trataba. Se acababan de despertar, estaban en pijama, se calzaron las botas de agua y las mascarillas y salieron a la calle tal cual. Era domingo, seguramente no se iban a encontrar a nadie en la calle, que por otro lado, era lo habitual, en el pueblo vivían unas 60 personas. Cruzaron la placita delante de la casa y subiendo la calle la mujer los imaginó desnudos, notando los rayos templados de las primeras horas del verano acariciándoles los cuerpos blancos cargados de adrenalina, corriendo para no ser vistos, el niño riéndose por lo bajini como reacción a tan peculiar estampa rural o neo-rural o new rural o post-rural o neo-era o nos fuimos al campo y no veas qué cambio tan romántico.

Llegaron delante de la higuera y el cuerpo que buscaban parecía que ya no estaba, a punto de dar la vuelta y volver a correr desnudos el niño vio el cuerpo entre las hojas y la pared, escabullido entre el verde y el tierra allí inmovilizado, confirmaron que era un murciélago bebé, claro, en primavera-verano tantos animales naciendo, creciendo y aprendiendo qué es la vida, menuda gesta. El cuerpo menudo del bebé murciélago era demasiado nocturno para todo aquello, lo pusieron en una caja de madera comentando qué le iban a dar de comer al llegar a casa, una alimentación a base de moscas o algo de carne fresca. Ya fuera del huerto la mujer los volvió a pensar desnudos, parados en medio de la calle observando de cerca el pelaje, los ojitos, los movimientos de la cara, las orejas, los diminutos dientes afilados que asomaban, de repente, el aparente desvalido bebé murciélago desplegó sus alas de membrana en un solo movimiento con un sonido claro de tensión arti-

cular al abrir los elementos propios del vuelo. ¡Chas! Salió volando virtuoso, vuelo bajo rodeando a la imaginativa familia desnuda, especialmente por encima del niño, que como reacción natural se estaba cubriendo la cabeza con las manos, el hombre y la mujer simplemente lo esquivaron, dejándolo pasar, sin la intención de retenerlo llegó a engancharse en una fachada que estaba en la sombra, se encaramó en el hueco del tejado y desapareció. Los tres volvieron comentando el vuelo, el ¡Chas! de las alas membrana les había gustado mucho, especialmente al niño que repetía entusiasmado la capacidad de reacción de un animal tan pequeño, el instinto de superar ciertas situaciones en los primeros días de vida, justo cuando los bebés son abandonados a la vida salvaje, que es la que tiene que ser, no hay otra manera de hacerlo.

Desde el punto de vista de lo humano, todas estas expresiones nos parecen demasiado crueles, demasiado autónomas, en realidad los animales no nos tienen en cuenta, a no ser que puedan conseguir comida de nosotros. Es esta manía humanitaria de enternecerse con un animal planteando una relación de dependencia, de control y de dominio sobre lo ajeno. Todos estos gestos humanos son una especie de sensibilidad malentendida hacia el mundo natural, intercediendo en aquello que no sabemos, un alarde de supremacía sentimental mal ejecutada, estúpida, dominante, perversa y egoísta. Lo único que necesita el mundo vivo es que lo dejemos tranquilo, sin necesidad de considerarlo amigo o enemigo, sin nuestra paternalista intervención, el mundo natural debería ser respetado sin más, de manera simple, ni pelearlo, ni explotarlo, ni cuidarlo, ni preservarlo, simplemente dejarlo que sea.

Ya para finalizar este primer capítulo sobre lo animal retrocedamos en el tiempo, vayamos al primer contacto con los otros. Una mañana (parece que todo ocurre por la mañana), por las mañanas los animales necesitan encontrar el alimento rápidamente, especialmente las aves y sus vistosas estrategias.

La mujer y el niño estaban desayunando en la cocina-comedor y en los hilos de tender la ropa se posó un Herrerillo Común o Carbonero o Mallerenga en Catalán (*Cyanistes Caeruleus*) nos robó inmediatamente el corazón por sus colores, amarillo, verde, azul, blanco, negro, rosa, marrón, rojo, no, estos tres últimos no los tiene, se cuelan las hipérboles, sorry! El caso es que el pajarito más colorido de Europa, tiernamente regordete como un bollo de leche se movía sin parar dejando un trazo pixelado cada vez que ejecutaba un movimiento, daba la sensación por los rápidos cambios de dirección que realizaba con todas las partes del cuerpo, especialmente la cabeza, la cola, las patas y a veces todo el cuerpo en su conjunto, bloques de Herrerillo que se iban montando y desmontando a lo Minecraft. Las visitas del Herrerillo se hicieron regulares, a veces se acercaba tanto que intentaba posarse en el vidrio, cosa bastante extraña, intentaba entrar por la puerta del balcón que estaba todavía cerrada porque hacía mucho frío. Si venía el Herrerillo una alegría inmediata impregnaba toda la habitación, el entusiasmo de tener tan cerca un animal libre dejaba un halo de victoria, de sentido al viaje que unos meses atrás habían iniciado por pura intuición, algo de modesta rebeldía, militancia, pobreza material, riqueza inmaterial, respeto y mucho amor por los seres vivos en todas sus facetas.

Vale!! Esta familia de tres está viviendo desde SEP2019 en Pitarque (Teruel), un pueblo enano de la comarca del Maestrazgo; llegaron sin más y se instalaron, gracias a un maestro, Alberto Toro, naturalista y pedagogo rural con 11 años de experiencia en el medio. Lo que ellos tres han comprobado es que el lugar determina

el tipo de actividad aparente o por descubrir, la aparente es limitada, la que está por descubrir es ilimitada. De momento esperan que más talentos con inventiva se unan a la experiencia porque el lugar, que además es precioso, tiene sus ventajas, especialmente para mentes despiertas y sensibles a los cambios que está experimentando La Tierra gracias a nuestro afán de existir al precio que sea. Bien!!! Vengan i vean!!! I si es con infantes mejor que mejor!!!

